

La calle para el martes 13 de mayo de 2008
Diario de un espectador
Olivier Debroise
por miguel ángel granados chapa

Hace una semana, el 6 de mayo, murió Olivier Debroise, figura central en el campo del arte contemporáneo mexicano, en el que figuró como investigador, promotor, curador y funcionario. No se limitó a ese entorno, sin embargo, ya que también hizo una breve pero apreciada obra literaria, como novelista. Al momento de su muerte era responsable del acervo del Museo universitario de arte contemporáneo, una institución que todavía no está en funciones y cuya sede, debida al laureado Teodoro González de León, se alza frente a la sala Nezahualcóyotl en el Centro cultural Universitario.

Debroise nació en Israel de familia francesa en 1952 y vino a México en 1969. He aquí algunos puntos esenciales de su vida, tal como los presentó Blanca González Rosas, que enseña historia del arte en la Universidad Iberoamericana y cada domingo escribe en Proceso una columna precisamente sobre arte:

“Notorio desde los últimos años de la década sementera, tanto por su manera de abordar la trayectoria de Diego Rivera ---Diego de Montparnasse, Fondo de Cultura económica, 1979--- como por su interés en investigar a creadores modernos que entonces estaban poco atendidos, como María Izquierdo (1979) y Julio Castellanos (1982), Debroise sobresalió durante los ochenta tanto por sus interpretaciones como por la diversidad de sus intereses, que oscilaban entre el arte moderno y el arte emergente de México.

“Apasionado por la pintura y la fotografía tanto de algunos artistas muertos como de otros muy jóvenes, el estudioso y crítico de formación autodidacta atrajo por igual la atención de académicos, galeristas, funcionarios y creadores pertenecientes a su misma generación. Testigo activo como de la gestación y maduración del arte joven mexicano —el cual se desarrolló a partir de la creación del Encuentro nacional de arte joven en 1982— como de su auge comercial —con galerías como la desaparecida Arte contemporáneo, de Benjamín Díaz y la OMR de Patricia Ortiz Monasterio y Jaime Riestra—, Debroise se integró a la escena artística convirtiéndose en uno de sus principales constructores intelectuales.

“Cercano por igual a creadores jóvenes como Carla Rippey y Javier de la Garza entre muchos otros; galeristas emergentes —Ortiz Monasterio— y funcionarios audaces con vocaciones tan diferentes como Graciela de la Torre —directora del Museo nacional de arte, Munal— y Patricia Mendoza —fundadora y directora del Centro de la imagen, dedicado a las prácticas visuales tecnológicas--- Debroise se convirtió en los ochenta y noventa en un discreto y poderoso protagonista apoyado y respetado por el poder institucional.

“Investigador y crítico anterior a la moda de los curadores-promotores, el estudioso realizó importantes muestras entre las que destacan la sutil colectiva en el Museo de arte moderno denominada De su álbum...inciertas confesiones (de 1985) —con Rippey, Nicolás Amoroso, Esteban Azamar, Julio Galán, Olivrio Hinojosa, Arturo Rivera, Saúl Villa, Nahum Zenil y Enrique Guzmán—, Modernidad y modernización en el arte mexicano (1991) y David Alfaro Siqueiros, retrato de una década (1997) en el Munal, y Corazón sangrante (1991) en el Instituto de arte contemporáneo de Boston.

“Interesado también en artistas de poéticas conceptuales nacidos en los sesenta y con investigaciones sobre la fotografía de nuestro país —Fuga mexicana, un recorrido por la fotografía en México, publicado en 1994 por el Consejo nacional de la cultura y las artes— Debroise logró una importante expansión en el medio artístico que le permitió, en 1991, crear el concepto Curare”.

Sus novelas En todas partes ninguna (1985), Lo peor sucede al atardecer (1990) y Crónica de las destrucciones (1998), mostraron el desarrollo de su vena literaria, mostrada al imaginar a Diego en París.